

Quedábale una vaga esperanza.

Bajo el frondoso follaje, en el sitio donde habian quedado las dos jóvenes, no habia ya nadie.

Enrique buscó por todos lados: fué en vano.

Roger y él llamaron.

No obtuvieron respuesta.

Unicamente al dejarse caer sobre el césped destrozada el alma y el corazon, llegó una voz hasta sus oidos, voz melancólica y dulce que sonó como el eco de un ¡ay! lejano entre los acordes de la orquesta.

Esa voz decia las siguientes palabras:

¡Hijas de la Luna!



XIX.

UNA HISTORIA.

—Pero no bebeis, caballero, decia Montalt destapando la tercer botella de vino del Rhin.

Roberto presentó su vaso; sus mejillas eran de color de púrpura y su mirada estraviada.

—¡Ah! murmuró guiñando un ojo con misterio; no queria referiroslo todo, pero sé muy bien á quién me dirijo.... ¡Diablo! como si no prefiriérais hacer negocios conmigo á venderme....

—¿Venderos?

—¡Y bien! cuando querais... no sabeis los nombres ni las señas, mi querido lord!... y de Rennes hasta Brest hay mas de un castillo, mas de una familia arruinada y mas de un bendito marido en

la posición de... me comprendéis.... ¡Ah! ¿pero en qué estaba?

Montalt se sonreía.

—Estábais, respondió, en esa carta que robásteis á la Señora con una destreza sin ejemplo.

Roberto dió gracias con un grave movimiento de cabeza y llevó el vaso á los lábios.

En este momento en que no podia observar al nabab, oscureció la fisonomía de éste como un velo de tristeza. Durante un momento de razon espresaron sus facciones un desaliento profundo y amargo. Esto duró muy poco, porque cuando Roberto dejó su vaso vacío en la mesita, habia recobrado Montalt su sonrisa plácida y ligeramente enojada.

—¡Pestel... dijo Roberto; creo que consigo un triunfo... La historia os divierte, puesto que recordais hasta sus mayores detalles.

—Nunca me ha divertido tanto historia alguna, replicó Montalt con ese tono de complacencia fria que toman los oyentes resignados.

—¿No estais disgustado, mi querido lord? Sin embargo, Dios sabe que paso por alto aventuras muy extraordinarias.... Vos teneis la culpa.... Nos tratais de un modo recio, y nosotros los españoles tenemos la cabeza fácil de exaltarse.... Decís, pues, que estaba en la carta.... Pero ¡bah! mucho tiempo antes de que sucediera eso poseia yo el secreto de la dama....

—Una idea, milor.... ¿Quereis que vuestro primer negocio se verifique en Bretaña?

—Caballero, no digo que no... replicó Montalt.

—He oido decir que detestais la Bretaña....

—Razon de mas para hacer en ella negocios.

—Bien, muy bien; así me gusta, exclamó Roberto. No es gran cosa, pero al fin para un inglés! Diablo, milord, recuerdo que estais en vuestra casa, y os suplico que no os incomodeis. ¿Comprendéis? La fortuna de nuestro buen hombre estaba ya destruída muy regularmente, y el Capuleto, el famoso enemigo hereditario, habia dejado en la casa de Mr. La Chicane los documentos que nos constituian, á medias por lo que es cuenta, propietarios de la mitad de los bienes del Montesco.

Roberto, que era un bribon algo instruido, habia encontrado para Pontalés y Penhoel estos dos seudónimos románticos.

—Pero, prosiguió, teníamos á la señora Montesco, la madre del Angel, que á pesar de la infidelidad de su esposo, ya sabeis que estaba enamorado de Lola, ejercia sobre él una influencia peligrosa. Mme. La Montesco es una mujer muy bella, y si hubiera tenido tiempo me hubiese hecho amar de ella sin demasiada repugnancia para arreglar la cosa de una sola vez. Pero finalmente, esto hubiera sido pagar muy caro algunos miles de francos de renta.... Os ruego que creais, milor, que no me prodigo con tanta facilidad....

Montalt no se movia. Sin embargo, una mirada mas penetrante que la de Roberto hubiese distin-

guido tal vez á través de aquella apariencia de tranquilidad impasible, una señal de malestar bien pronto reprimida.

Pero Roberto no habia mirado. Seguia laboriosamente el hilo de su relato, y no era poco si ponía cuidado en no perderse. Porque el nabab le escanciaba siempre y su embriaguez iba aumentándose por grados.

—¿Os he hablado ya del otro? preguntó interrumpiéndose bruscamente.... sí, ya he debido decir algunas palabras acerca del tío de América... otra variedad de fósil que segun dicen es poderosamente rico, y del que espero heredar mucho dentro de algunos dias.

—¡Sois un hombre admirable!...

—Mil gracias... Os he hablado del tío de América porque la carta estaba dirigida á él.

Un imperceptible estremecimiento agitó las facciones de Montalt, que bajó los ojos como si esta vez hubiese temido cruzar su mirada con la de Roberto.

—¡Qué inocente crimen, mi querido lor!... exclamó este último.... ¡y cuántos toneles de lágrimas ha causado!... Diríais que era una página mojada con el llanto de trescientas grisetas y unida á una novela pueril y tonta de ese buen Ducray-Dumenil.

Y se interrumpió para soltar una carcajada.

Estaba beodo.

—Servidme un vaso de cualquier vino si gustais...

Y el primogénito partiendo para la Siria siempre con las lágrimas en los ojos.... ¡Vivan las lágrimas!...

¡A vuestra salud, milor!...

¡Oh, oh!... ¿qué habia en ese vino? Ya adivinareis cuál era el contenido de la carta.... La Montesca decia en un estilo capaz de desgarrar el alma.... "¿Por qué me has abandonado?... ¿por qué se ha casado conmigo tu hermano.... ¿por qué, por qué, por qué?..."

"¡Sufrol... ¡soy muy desgraciada!... Siempre llorando.... rios de lágrimas brotan de mis ojos!..."

La línea azulada que habia siempre sobre los ojos de Montalt parecia oscurecerse cada vez mas. Por intervalos agitaba sus lábios un convulso temblor. Pero su hermosa frente permanecia serena y no dejaba de sonreír.

Nada tenia que ocultar sin duda, á no ser su disgusto por la bárbara alegría de aquel verdugo que se regocijaba implacablemente de la muerte de sus victimas; y sin embargo, tras aquella obstinada sonrisa no era solo lo que se advertia la repugnancia y la fatiga. Habia mas. Hubiérase á veces creido adivinar la angustia, á veces la terrible tempestad dispuesta á estallar.

Roberto no veia nada de ello, y tal vez fuese el fuego de la lejana luz que venia deslizándose á través del follaje á escribir caprichosos pensamientos sobre el inmóvil rostro del nabab.

—La carta comprometia mucho, dijo Roberto;

era muy indiscreta, como todo lo que traza la pluma sencilla de la virtud... Decía diez veces mas de lo que se necesitaba para escitar el furor del bárbaro marido, tanto mas cuanto que el dichoso bebedor de aguardiente habia recibido por su parte un mensaje:

Una carta del hermano mayor, que no podia permanecer tranquilo en su destierro, y que enviaba por el correo un voluminoso pliego.

Milor, daría veinte luses por tener en mi bolsillo aquellos trozos de elocuencia. Los leeríamos juntos, y estoy convencido de que no podríais menos de alegraros.

—Por lo que me decís, caballero, replicó Montalt, cuya voz era tranquila, debían ser en efecto muy curiosos.

—¡No podeis figurároslo! Me procuré tambien esa segunda carta, pensando bien que á su tiempo ese documento caería naturalmente sobre la mujer, porque el marido no se la ha enseñado nunca.

—¡Ah! dijo el nabab involuntariamente.

Roberto le miró.

—Os aseguro, milor, prosiguió Roberto, que me causa mucho placer contaros historias, porque si bien no sois muy impresionable, al menos escuchais, lo que me lisonjea.

Una vez en mi cartera las dos cartas, no podia ya decir la dama una sola palabra. La tenia en la red; al menor signo de negativa hacia la tentacion de meter la mano en mi bolsillo, y en el mis-

mo momento bajaba la cabeza como si yo hubiese tenido un talisman que enseñarle.

Así marchó todo con facilidad. Montesco vendía, vendía. Capuleto compraba, y compraba tanto, que llegó un dia en que aquel no tenia que vender ya mas que la herencia de su hermano ausente.

Para esto era preciso un poder.

Mr. de la Chicane, ese honrado abogado que ya debeis conocer, le facilitó un medio muy sencillo para salir del apuro.

—Imitad la firma de vuestro hermano, le dijo.

A Montesco no le pareció esto gran cosa. Una tarde que su frasco de aguardiente se habia vaciado mas lentamente que de costumbre, hizo la primera falsificacion. Las otras siguieron á esta sin esfuerzo ni dolor.

—Preciso es deciros que ese pobre diablo tenia mucha repugnancia á hacerlo; pero como nosotros no le dejábamos nunca un luis en cartera, creia vengarse así de su pícaro hermano.

Porque yo le habia aleccionado admirablemente.

El hermano, despues de haber hecho la necesidad de marcharse, habia hecho la estupidez de volver un hermoso dia á espantar á los pájaros bajo los muros del castillo.

La fecha de esta romántica visita correspondia justamente con la del nacimiento del Angel. Como podreis comprender, yo no era hombre que dejara perder esta coincidencia.

—Fió en vos, dijo Montalt, en cuya frente bri

llaban algunas gotas de sudor, causadas sin duda por el calor creciente que reinaba en el jardín; hicisteis creer á nuestro hombre que el Angel no era hija suya.....

—Precisamente, y hele aquí cada vez mas furioso contra su hermano.

Desde aquel momento hubiera sido nuestro ej negocio, á no haber encontrado en nuestro camino un obstáculo extraordinariamente fantástico.

Pardiez, milor, estamos en el país de los diablillos y es necesario que mi narracion contenga algunas diabluras.

El obstáculo de que os hablo consistia en dos demonios que nos han hecho mas guerra de lo que parece.

¡Pero no me servís de beber!

Montalt, en efecto, juzgaba que su interlocutor se encontraba ya en buen estado. No queria turbar mas la lengua y las ideas de Roberto.... ¡Pero contener á un hombre beodo!

El caballero tomó la botella y se sirvió un vaso lleno.

—Dos demonios.... ¡Vamos! Blas y Bibandier quieren pasar la noche tras los árboles haciéndome señas estúpidas. Pardiez, añadió levantándose y amenazando á nuestros dos caballeros, que ocultos en efecto tras un árbol, procuraban llamar su atencion. Jugad, perded, derrochad!.... Maldito lo que me importa.... estoy arreglando un negocio con mi amigo Montalt, y si vuelvo á ver vues-

tras repugnantes fisonomías, os tiro una botella á la cabeza.

Blas y Bibandier desaparecieron. Este incidente, como todos, no hizo hacer al nabab el menor movimiento.

—Al diablo.... dijo Roberto sentándose; los brutos no saben de qué se trata, y consiento en que me ahorquen si partimos con ellos..... ¿En qué estaba?

—¡Dos demonios!

—¡Bien! bien! ¡dos niñas ó mónstruos! Las hijas del tio. No quiero deciros todo el mal que nos han causado robándonos los documentos, desgarrando los créditos, violentando los cajones. ¡Ah! si el Montesco no hubiese sido cosa perdida, ó si únicamente esos diablillos hubiesen llevado pantalones en vez de jubones, no podria deciros ahora lo que sucedió.

Pero en fin, con todas sus picardías las chicas no han podido mas que retardar dos ó tres meses el desenlace de la historia.

Y os aseguro que fué muy buena..... sed vos juez.

Aquí Roberto se interrumpió para recogerse un momento. Despues comenzó la narracion de los acontecimientos sucedidos en Penhoel desde la noche de San Luis hasta la otra noche que vió la partida de la despojada familia.

Lejos de intentar disminuir los hechos, los au-

mentaba y exageraba; ¡tanto le interesaba pasar á las ojos de Montalt por un bribon de primera clase!

Montalt escuchaba con aire de complaciente atencion.

Su sonrisa no le habia abandonado.

Y la palidez que entonces habia en su rostro podia provenir muy bien de la fatiga, porque la historia duraba mucho tiempo.

Tenia la frente serena y sin arrugas como la de un jóven.

Nada habia cambiado ni en su actitud ni en la expresion de su fisonomía.

Únicamente no se habian vuelto á levantar sus ojos y habia escondido la mano en la camisa.

En los buenos momentos de la narracion, cuando la elocuencia de Roberto llegaba á su colmo, se veia la mano agitarse imperceptiblemente á través de la fina tela del traje de Montalt.

Aquella última noche de Penhoel, aquella noche sombría y llena de horror en que René habia levantado la espada sobre Marta, fué referida por Roberto con una especie de entusiasmo.

El oyente mas frio hubiera dado alguna prueba de emocion. No le sucedió lo mismo á Montalt.

Su respiracion permaneció igual y reposada. No arqueó las cejas mas que una sola vez, y ésta muy débilmente. Entonces fué cuando Roberto le pintaba á Marta arrastrándose á los piés de su marido y pidiéndole perdon por la mermoria del ausente.

—¿Amaba aún á ese hermano ausente? murmuró el nabab.

—¡Psil hizo Roberto; ¡farsa, farsa!... puesto que os digo que con una palabra, con un gesto, con nada hubiera sido yo el amante de esa mujer... En cuanto al viejo tío antdiluviano, comia el pan de la casa, cuidando de lo poco que en ella habia. Pero en cambio se ocupaba demasiado del sobrino ausente... Yo, yo era únicamente el que daba importancia á ese fantasma, yo quien resucitaba aquella pretendida pasion, y puedo decir sin vanidad que fabriqué mi castillo sobre la punta de una aguja.

Y se recostó en el respaldo del asiento.

—¡El hermano! prosiguió riendo; ¿quién pensaba en el hermano? ¡Ah, milor! un vaso de vino si gustais. He concluido. ¿Os parece conveniente mi conducta en cuanto acabo de relataros?

—Es lo mas sublime del arte, replicó Montalt, y me consideraria muy feliz teniendo un asociado de vuestras cualidades.

—¡En buen hora! Podeis creer que ya os habia yo adivinado, y aunque en el círculo os habia visto jugar de cierto modo, nunca creí que fuéseis hombre de preocupaciones. No os falta mas que un poco de soltura.

—Sereis mi maestro.

—Y haremos grandes negocios, milor. Examinad el nudo de esta intriga; ¿de qué manera está

dispuesto! ¡cómo juegan todos los personajes su papel sin saberlo!

Roberto olvidaba, voluntariamente por supuesto, que quien había tenido en su mano el hilo de la intriga, había sido el marqués de Pontalés, y que él, Roberto, había representado un papel muy importante, pero en provecho del marqués.

Continuó mientras Montalt se inclinaba en señal de completa aprobacion.

—¡No hay que decir nada! No es una de esas historias de puñal y veneno en que los bandidos subalternos juegan algunos millares de francos contra las probabilidades del grillete; nada de medios violentos, nada de combinaciones con que la ley penal tenga que ver; se entra en la casa, se sienta uno á la mesa de unas personas, se les ruega políticamente que salgan. ¡He aquí todo!

Montalt se levantó, y este movimiento, que puso á luz las hermosas facciones de su rostro, mostró al mismo tiempo de una manera muy patente la palidez de su fisonomía y el círculo azulado que sombreaba sus ojos. Tenia constantemente la mano apoyada contra el seno bajo la fina tela de la camisa.

—¡Ni un movimiento violento! prosiguió Roberto buscando algunas gotas de vino en el fondo de la última botella vacía, ni un asesinato.

Detrás de él se dejó oír una voz que salió de entre el follaje.

—¡Mientes! dijo.

Roberto se levantó sobresaltado, cayendo sobre su asiento.

Montalt se volvió inmediatamente hácia el sitio de donde había salido la voz.

—¿Habeis hablado, milor? preguntó Roberto.

—No, contestó Montalt.

La voz se dejó oír de nuevo detrás de los árboles débil, baja y llegando apenas á los oídos del nabab y de su compañero.

—¡Mientes! repitió; has asesinado, y no á dos hombres fuertes, sino á dos pobres niñas que la mano de Dios vengará, Roberto de Blois!

El Americano pareció como herido de un rayo.

—Acabamos de hablar del país de las apariciones sobrenaturales, señor caballero, dijo friamente el nabab, á quien nada podia estrañar; habeis evocado fantasmas.

Saludó con un gesto lleno de cortesía y dejó solo á Roberto en la gruta.

Blas y Bibandier penetraron al momento en ella.

El nabab entró en el baile; tenia por costumbre retirarse mucho tiempo antes de terminar sus fiestas. Por esto fué por lo que sin admiracion ni estrañeza se le vió dirigirse hácia la escalera del palacio.

Atravesó los gozosos grupos inclinándose á un lado y otro sin retirar la mano, que oprimia siempre su pecho.

Su pálido rostro tenia en este momento esa misma sonrisa que se le había visto en el mismo ing-

tante en que la orquesta daba la señal de la primera contradanza.

Franqueó el peristilo adornado de flores y entró en el palacio.

Cuando hubo cerrado tras sí la puerta de su habitación, desapareció como por encanto la calma que antes espresaba su rostro. Arqueáronse sus cejas; varias arrugas surcaron su frente. Un fuego sombrío brilló en su mirada. Su garganta oprimida exhaló un gemido.

Dejóse caer sobre un divan como si sus piernas no hubiesen tenido fuerzas para sostenerle.

Hubiérais dicho que era un paciente que acababa de sufrir una larga é intolerable tortura.

Cuando retiró de su pecho la mano, la tela de la camisa, al tocar la carne de su seno, se tiñó de una mancha de sangre.

XX.

EL RETRETE.

Hay naturalezas escéntricas y vigorosas que se complacen con el dolor y prodigan con gusto y sin objeto el esfuerzo de un heroísmo inútil. Dad á estos Hércules el sostener un mundo y lo intentarán; tal vez lo consigan. Lanzadlos en medio de la vida comun, y se dormirán en esa ociosidad perezosa compañera inseparable del vigor que siente y no ve trabajos dignos de ella.

Pero que surja la ocasion, la sombra de la ocasion, y estenderán los músculos de su cuerpo ó los resortes de su alma; los vereis saltar al ataque ó permanecer firmes á la defensa como esas grandes